

tas, parece ser un hombre demasiado interesado en su propio papel y sus relaciones con el lector y el protagonista. Aunque no tanto como Nazarín, exhibe los mismos defectos de la soberbia y del orgullo.

Ya establecida esta relación entre el narrador y el protagonista, Galdós puede pasar a un desarrollo de las aventuras de Nazarín, conformándolas en todo lo posible a este patrón que había trazado en la aventura del narrador relatada en la primera parte. De esta manera nos interesa averiguar si el cura acaba con un desconcierto muy parecido o si consigue rectificar su visión falseadora al enfrentarse con una mayor realidad. La escena inicial de la segunda parte ofrece un paralelismo muy obvio entre estas dos primeras partes. Al asomarse la sombra negra de *Andara* a la ventana de la habitación de Nazarín ofuscándole, se piensa inmediatamente en el encuentro del narrador y el cura en el mismo sitio. Y *Andara* parece cumplir el mismo papel de hacer resaltar la seguridad absolutísima de Nazarín mediante la suya. A semejanza de Nazarín, cuando tenía sospechas iniciales respecto a la culpable del robo, *Andara* no está segura de haber matado a la *Tiñosa* (1692), pero eso no le impide proclamar que nadie la ha visto en su fuga presurosa del lugar del crimen hasta la calle de las Amazonas (1693). ¿Cómo lo sabe si se ha cerrado la noche y ha tenido que correr rapidísima? Asimismo tiene fe absoluta en escaparse de las manos de la justicia (1697). Nazarín nota su fe algo exagerada y puede advertirle: «No hay que fiar, señora mía, de la feliz circunstancia de haber escapado una y otra vez» (1697), pero cuando le toca a él ir al tribunal para prestar declaración en el crimen del incendio, razona así: «Allá voy yo a decir todita la verdad en lo que no me atañe, sin meterme en lo que no me consta, ni tiene nada que ver con la hospitalidad que di a esa desgraciada mujer» (1703). Para un cura supuestamente generoso, estas palabras dejan traslucir cierta preocupación por su propia posición ante las autoridades. La primera frase de la cita es muy confusa. ¿Cómo sabe «todita la verdad» de un asunto que no es suyo? Inmediatamente después dice «sin meterme en lo que no me consta». Pero ¿cómo sabe distinguir entre lo que le atañe a él o no? La motivación de tal visita se ve muy clara un poquito más adelante: «resuelto a ser veraz no sólo por obligación, como cristiano y sacerdote, sino por el inefable gozo que en ello sentía, refirió puntualmente al juez lo sucedido» (1703). No hay para qué admirarse de que después salga del juzgado muy satisfecho; sí que está muy satisfecho de su propia visión de los hechos reales. No reconoce otros puntos de vista. El no se concede a sí mismo la buena dosis de moderación, de cautela, que había recomendado a la *Andara*.

Pero no tarda en producirse una situación en que Nazarín debiera someterse a la realidad. Al comienzo de la tercera parte le vemos al punto de salir en su expedición al campo. Todavía está lleno de confianza acerca de su misión: su rebelión contra su Orden se excusa por ser inspiración de Dios: «De esto no podía tener duda» (1707). Pero lo vano de sus afirmaciones se pone de relieve cuando, deleitándose en la perspectiva de libertad campestre, en las afueras de Madrid, no consigue reconocer al principio ni a Paco Pardo ni a *Andara* (1708-1709) en el camino, aunque sea día de mucho sol y de cielo azul. Después de los primeros momentos de incertidumbre puede ver que *Andara* se ha transformado algo y que tiene ya cierto aire de cortedad infantil. No obstante eso, Nazarín sigue aferrado a la idea de que es mujer mala y pervertida. Aquí se realiza una inversión del proceso deformador hasta ahora experimentado: no comprendiendo la realidad física más compleja, Nazarín se refugia en sus antiguas verdaderas opiniones de ella, no prestando fe a lo que ven sus ojos muy observadores, mientras en el caso del robo aceptaba la versión que le reproducía la retina, queriendo partir de ella para formar una conclusión hipotética, presumida respecto a la identidad de la ladrona.

Como le conviene al eje estructural de la novela, la trayectoria espiritual de Nazarín llega a su culminación con el famoso episodio de su visita a la finca de Belmonte. Igual que la visita del narrador a Nazarín en la primera parte, constituye un momento de posible reforma espiritual para el cura. Este, lo mismo que el narrador, está impulsado por una fuerte curiosidad de conocer a un hombre tan raro y tan discutido por la voz pública. En ambos casos el visitante tiene que arrostrar la bienvenida feroz de unas fieras: en la calle de las Amazonas son las tarascas, mientras que en la finca de Belmonte son los perros. Claro que hay diferencias de detalles: Belmonte se parece a un león con su energía y cuerpo, mientras que Nazarín se le representa una mujer al narrador. Para mí, la importancia de este episodio, aparte de la discusión de ideas referentes a la corrupción moral de la sociedad contemporánea, estriba en la confrontación terca de dos hombres que tienen tanta confianza en su propia visión de la realidad física y conceptual que un intercambio de impresiones es completamente imposible. Ambos hombres tienen una perspectiva que quieren imponer a los hechos y dichos de las demás personas. El efecto final es el de hacer resaltar la estupidez de tanta confianza extrema y los grandes peligros a que se expone la sociedad si se da rienda suelta a tanto subjetivismo. Se produce una falta de comunicación total. Sale Nazarín peor tra-